EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIV — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm. 9900

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MIÉRCOLES 31 DE OCTUBRE DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jonés, Faubourg Montmartre, 31.

LA UNIÓN Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPAÑIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social: MADRID, CALLE OLÓZAGA N. 1 (Paseo de Recoletos.)

Subdirectores: SRA. VIUDA DE SORO Y COMP.ª Cartagena P. Caballos, 15.

GARANTÍAS.

Capital social efectivo..	Ptas.	12.000000
Primas y reservas. . . .	»	42.889747
TOTAL. . . .		54.889747

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS.

Esta gran Compañía *nacional* asegura contra los riesgos de incendio.

El gran desarrollo de sus operaciones acrecita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de ptas. 56.226 307.77.

SEGUROS SOBRE LA VIDA.

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas *más reducidas* que cualquiera otra Compañía

Mme. LEONIE BROUTIN

Modista de Sombreros de París

Todos los días hasta fin de Noviembre,

FONDA FRANCESA

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola Arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, cartichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL —PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

RECUERDOS.

Há pocos días publicó *Le Gaulois*, con el título de *Recuerdos*, un artículo del distinguido escritor francés M. G. Cornelay, que ofrece indudable interés de actualidad.

En la creencia de que nuestros abonados lo leerán con gusto, hemos traducido el trozo más notable de dicho artículo:

«La simpática y noble figura del Czar es para mí inseparable de un conjunto de recuerdos, de fiestas y esplendores, que ¡ay! se avienen muy poco con las tristezas de hoy y recuerdan el *Vanitas vanitatum* del glorioso y filosófico Salomón.

Yo he vivido cerca de un mes en la sombra luminosa que proyectaba sobre Moscow la santa, su silueta imponente, y me han quedado de aquel tiempo, en el cerebro y en los ojos, resplandores que no pueden ser disipados por los fúnebres aprestos de Livadia.

Le vi por primera vez en Gatchina. El tren que nos conducía á San Petersburgo llevaba también á su cuñado el príncipe heredero de Dinamarca, y Alejandro III vino á esperarle en la estación.

Alejandro III, con uniforme de general, cubierto con su capote, me pareció un soberbio soldado, de aspecto dulce y bonachón, casi tímido, que miraba fijamente hácia adelante, sin distraerse lo bastante para olvidarse de responder á nuestros saludos.

A su lado estaba S. M. la Emperatriz, linda, graciosa, morena, de aire despejado, y casi adelantándose con un encantador movimiento de cabeza á responder á nuestros testimonios de respeto.

Hace once años de esto. El Czar, que era más joven que nosotros y que parecía un coloso de fuerza y de salud, ante nuestros débiles cuerpos, nos ha tomado delantera, y las alegres sonrisas de su adorable compañera han sido sustituidas por lágrimas desesperadas.

Algunos días después salimos de San Petersburgo para Moscou. Quince horas de expréss, en un tren que precedió al tren imperial, sirviéndole de explorador para probar la solidez y seguridad de la vía.

No teníamos que temer nada, en realidad, porque viajábamos entre dos filas de bayonetas. Habían sido movilizados treinta mil hombres para guardar la vía en toda su extensión, y de cincuenta en cincuenta metros, á cada lado del tren, presentaba las armas un centinela.

En Moscou esperamos al Emperador. Subió con la Emperatriz en un carruaje descubierto, y sin pasar por la ciudad se dirigieron al palacio de Petrowski, que habitó Napoleón I en 1812, después del incendio del Kremlin. Allí ví lo que es un Czar para el ruso. Los aldeanos que habían acudido para ver pasar á su Emperador se prosternaban en el polvo y abrazaban las huellas que dejaban en el suelo las cuatro ruedas del *landeau*.

Después verificóse la solemne entrada en Moscou.

Cómodamente instalado en una almena de la alta muralla de ladrillos que marca el recinto del Kremlin, veía debajo de mí la plaza Roja. El inmenso rectángulo estaba cortado en su sentido longitudinal por una ancha faja de arena, custodiada por dos filas de soldados del regimiento Paulovsky, de nariz remangada y tez cobriza, los mismos que Gros ha puesto en su cuadro de la batalla de Eylau

Detrás la multitud rusa, es decir, la multitud dócil, silenciosa, cuyos sombreros achatados producen la ilusión de una inmensa superficie de galletas negras. De trecho en trecho, delante de las iglesias los *popes*, con sus trajes de gala, formaban manchas doradas.

El cañón retumbaba sin interrupción. Todos los ojos estaban entornados hácia la entrada de la plaza, del lado de la bóveda que precede á la famosa capilla de Nuestra Señora de Iversky.

A las doce aparecieron bajo esta bóveda los cascos de los *caballeros de la guardia*, un manso rio de acero.

Era la cabeza del cortejo imperial.

Entonces estalló un ruido ensordecedor y grandioso, formado por hurras frenéticos, cañonazos, repiques de campanas de las iglesias y del convento (cuyos monjes se colgaban como bandada de golondrinas de las cuerdas de los campanarios), cánticos de doce mil niños de las escuelas colocados sobre gradas delante de nosotros y dirigidos por ciento cincuenta directores de orquesta

Recuerdo todavía que entre aquel clamor colosal solo oía yo distintamente el piar de los gorriones posados sobre las ramas de las plataneras, debajo de mi almena, y que se desgañitaban por hacerse oir en medio del inverosimil ruido.

Los animalitos cantaban tanto por el Czar.

Detrás los dragones, el bosque de lanzas de los cosacos; despues las águilas de plata de los *caballeros de la guardia*; el grupo de príncipes de Asia; después, en fin, el Emperador.

Alejandro III montaba un pequeño caballo gris perla, sobre el cual había hecho la campaña de Turquia, y que habiendo estado al trabajo, estaba también á la gloria. El trabajo no es una vana palabra, porque el jinete que pesaba sobre los débiles riñones del bruto, era un hombre de alta estatura y de respetables carnes.

El Emperador llevaba uniforme de general de división, es decir, chaqueta negra, pantalones negros y anchos encerrados en la bota, y el gorro de astrakan blanco. A su lado, sobre un poney, el príncipe heredero, el Czarewitch, que se llamará Nicolás II.

Detrás de ellos los grandes duques y un Estado Mayor de 300 ó 400 jinetes vestidos con todos los uniformes del mundo.

¡Y siempre la caballería! Por último, envuelta en la gasa blanca que no dejaba ver más que el brillo de los diamantes y de dos hermosos ojos negros, venía la Emperatriz en un carruaje dorado conducido por seis caballos blancos. A su lado una niña de ocho años, la gran duquesa de Dénia, que se parece á su madre como una gota de agua á otra gota de agua, enviaba besos á la multitud.

La Emperatriz, visiblemente nerviosa, levantábase de su asiento de rato en rato, y trataba de descubrir entre la masa de ginetes al esposo y al hijo que creía en peligro.

El día de la consagración vi pasar otra vez el cortejo imperial, que se dirigía á la catedral bajo un pálio llevado por 24 generales de división.

El pálio acababa de llegar á la gran puerta. El Emperador y la Emperatriz dan algunos pasos hácia adelante y se detienen ante el Metropolitano de Moscou, que les arenga.

La corte del Kremlin en este momento está silenciosa como una tumba; pero los rumores de fuera no permiten oir.

Veo al Emperador buscar con la mano izquierda en el bolsillo de su levita el pañuelo, que no encuentra. Entonces el soberano se enjuga las lágrimas con sus manos, enguantadas de blanco

Llora como un niño ante aquel anciano, que en su discurso hace alusión á los infortunios de la familia imperial, á la muerte de aquel hermano mayor de Alejandro III, que en su lecho de agonía le había legado la corona de todas las Rusias y su prometida, la Emperatriz, que está allí, palpitante, en brazos de su esposo.

El metropolitano alude tambien á la catástrofe del canal Catalina.

Es un espectáculo verdaderamente bíblico el cuadro de aquel sacerdote de barba blanca, con el aspecto majestuoso de la ancianidad, delante de los dos jóvenes, que lloran, en el seno de la omnipotencia imperial, sobre el pavimento de aquella catedral histórica, donde sus antepasados han venido á ceñir la corona de Rusia.

Despues de la ceremonia religiosa, organizóse la incomparable procesión. Los soberanos habían vestido el traje imperial. Alejandro III marchaba majestuoso como un Carlo Magno bajo el manto de oro forrado de armiño y la corona cubierta de piedras preciosas, llevando el centro con el famoso diamante de los 22 millones y la montaña de luz, que contenía en gérmen los rayos del sol, para pasearlos por las naves y las tribunas, como esos espejos con que juegan los niños.

Algunos minutos más tarde, yo fuí el único, entre los europeos que habían acudido á Moscou, sin exceptuar al cuerpo diplomático, ni los embajadores extraordinarios, que pude, gracias á la superchería inventada por un amable oficial de caballería de la Guardia, asistir al banquete de gala celebrado en la Granovitala Palata, el comedor del palacio de Yvan el Terrible.

Hubo tambien espectáculo de gala. El Emperador asistió con uniforme de caballería de la Guardia, y su primer movimiento al entrar en el Palco imperial, fué dirigir sus gemelos á un palco segundo, donde estaban apiñados los representantes de la prensa, cuyos fraces negros formaban una mancha negra entre los esplendores de la sala.

Alejandro III sonrió y dijo: «¡Ah! ¡aquellos son los nihilistas!»

¡Los nihilistas! El Emperador se burlaba, pero de labios afuera, porque todavía estaba muy reciente el horroroso drama que había costado la vida á Alejandro II. Tambien estaban cerca los diversos atentados que rodearon de terror á la familia imperial.

Me acuerdo perfectamente de que en Moscow, dos días despues, cuando entró en la sala Blanca, donde la nobleza le ofrecía un gran baile, el Czar, por un movimiento instintivo, penetrando en aquella multitud compacta, nos miró á todos de arriba á abajo.

No hemos estado al corriente de todos los atentados, de todos los complots, de todas las sombrías peripecias que han entristecido esta existencia imperial, porque el gobierno ruso, desde hace algunos años, ha suprimido la publicidad de los procesos y de los castigos; más se me figura que en esta lucha gigantesca y escondida entre algunos millares de malvados que representan la barbarie moderna y el Czar, que representa la civilización y el progreso de Rusia, Alejandro III ha sido una víctima.

No es necesario admitir la leyenda que circula y que le presenta sucumbiendo á consecuencia de un envenenamiento. Esta vida de perpétuos temores explica, por una depresión moral, la invasión de un mal que destruye, en la edad adulta, á un hombre que parecía hecho para vivir cien años.»

. . . . . .

TIJERETAZOS

Dice un periódico de Almería que en la carretera de Granada ha volcado el coche correo que conduce la correspondencia de Madrid y demás provincias de Levante.

Sin duda el último ciclón ha hecho mangas y capirotes con el mapa de España y ha colocado á Madrid al Este de Almería.

Suponemos que habrá sido nombrada una comisión de sabios para estudiar el fenómeno.

Y hay más en ese vuelco del coche correo, según dice el periódico de donde tomamos la noticia.

No han ocurrido desgracias personales

Solo el mayoral y el zagal han resultado con varias lesiones en las respectivas caras.

Sin duda para al colegas el zagal y el mayoral del mencionado correo fortunaparte inteligente del mismo.

De ahí un acierto de que en el vuelco no hubo desgracias personales.

Está clarísimo.

El mayoral y el zagal no son personas.

La suscripción abierta en las columnas de «Le Figaro» de París para propagar el método curativo de la diferia de que es inventor el doctor Roux, asciende ya á cerca de cuatrocientos mil francos.